

## ALGUNOS EPIGRAMAS DE DIÓGENES LAERCIO

RAÚL LAVALLE\*

Diógenes Laercio es el más importante de los doxógrafos; tanto que sus narraciones, buenas o malas, son la base de lo que en las clases y los manuales se dice acerca de los filósofos antiguos. Sus biografías a veces terminan con una pequeña poesía propia dedicada al filósofo de turno. Estos epigramas puede encontrarlos el lector de la *Antología Palatina*, pero nos ha parecido útil traducir y comentar algunos de ellos.

Cuando contemplaba unos juegos gimnásticos, Zeus sol,  
arrebataste del estadio a Tales, hombre sabio.  
Te alabo porque te lo llevaste cerca: en verdad  
el anciano no podía ver los astros desde la tierra. I, 39

Antes explicaba Diógenes que mirando Tales un certamen atlético murió por calor, sed y debilidad, anciano como era. Hay algunas curiosidades en el poema. Una: quien afirmaba οὐδεν τὸν θάνατον διαφέρειν τοῦ ζῆν (I, 35) pasó de una cosa a otra casi sin solución de continuidad. Otra es que el gran astrónomo encontrará en el otro mundo su satisfacción plena. El ηέλι aplicado a Zeus y no al titán homónimo destaca la intención del dios supremo: allá hará en plenitud lo que aquí hacía penosamente (οὐκέθ' ὄραν ἠδύνατο). La fuerza de ἐγγύς contribuye a resaltar otra cosa: la contemplación de un certamen no se compara con el espectáculo de los astros<sup>1</sup>. También es importante πρέσβυς, pues da la idea de ciclo cumplido, condición que Solón de Atenas ponía como necesaria para considerar verdaderamente feliz a alguien<sup>2</sup>.

---

\* U.C.A.

<sup>1</sup> Tertuliano desarrollará siglos más tarde una idea afín. Nosotros los cristianos -dice- no necesitamos los espectáculos de los romanos, pues tales lúcahs son ridículas comparadas con las que nosotros libramos, que además son gratis: *Haec voluptates, haec spectacula Christianorum sancta perpetua gratuita; in his tibi circenses ludos interpretare, cursus saeculi intueri, tempora labentia, spatia peracta dinumera, metas consummationis exspecta, societates ecclesiarum defende, ad signum dei suscitare, ad tubam angeli erigere, ad martyrum palmas gloriare (De spectaculis, 29)*. El juicio final era presentado por él como supremo show: *Quae tunc spectaculi latitudo!* (30).

<sup>2</sup> HERÓDOTO I, 32.

¡Gracias a ti, luminoso Pólux, porque el hijo  
de Quilón consiguió el verde olivo en el pugilato!  
Si un padre, al ver a su hijo coronado, murió  
de gozo, no está mal: tenga yo muerte semejante. I, 73

Efectivamente, Hermipo dice que Quilón murió después de saludar a su hijo vencedor en Pisa y que la causa fue, además de la avanzada edad, el exceso de gozo. Yo diría que un gozo por el éxito de un hijo no es "excesivo"; pero interpreto que con *ὑπερβολῆ χαρᾶς* el pasaje es casi una hendíadis: el gozo excedió las fuerzas menguadas *ἀσθενεία πολυετίας* (cf. I, 72). Diógenes prefiere en su epigrama el verbo *ἡσθεῖς*, que da una idea de 'placer' no fácil de conservar en la traducción. El dios invocado es Pólux, célebre por el fuego de Santelmo (*φωσφόρε*) y por su excelencia en el pugilato, como bien supo Ámico, rey de los Bébrices<sup>3</sup>. En cuanto al hecho en sí, nuestro autor desea para sí la muerte de los justos, según el lugar común antiguo. Por ejemplo el de Heródoto, cuando hacía decir a Solón que Telo el ateniense había sido el hombre más feliz<sup>4</sup>; o el del Anquises virgiliano, quien, aunque *pelagi tot tempestatibus actus*, fue amado por los suyos y en especial por su hijo: lo consideraba *omnis curae casusque levamen*<sup>5</sup>. Un tercer ejemplo "griego": el Sirácida exalta la felicidad de Isaac y de Jacob por haber muerto en paz, con los suyos:

A Isaac le aseguró lo mismo,  
en gracia a su padre Abraham.  
La bendición de todos los hombres y la alianza  
las hizo reposar en la cabeza de Jacob.  
Lo confirmó en sus bendiciones,  
y le otorgó su herencia.  
Él dividió sus partes  
y las repartió entre las doce tribus. 44, 24-26

Como el autor bíblico, también Diógenes dedica una bella *εὐλογία* a su héroe filósofo, en cuya estatua estaba escrito que *τῶν ἐπιτὰ σοφῶν πρῶτος ἔφου σοφία*.

Aquí oculto a Biante, a quien plácidamente Hermes  
condujo al Hades, blanco con la nieve de la vejez.

<sup>3</sup> P. ej. en las *Argonáuticas* de Apolonio de Rodas (II, 1-97), o en *Los Dioscuros* de Teócrito (vv. 83-134).

<sup>4</sup> I, 30.

<sup>5</sup> *Eneida* III, 708-18.

Pues dijo, sí, dijo la causa de un amigo; luego se reclinó  
en los brazos de un joven y extendió su largo sueño. I, 85

Ausonio, en sus *Sentencias de los siete sabios*, resume algunas de la máximas de Biante.<sup>6</sup> Pero la más conocida es una que admite múltiples interpretaciones: Οἱ πλεῖστοι κακοί.<sup>7</sup> La persona defendida por él probablemente pertenecía a la minoría buena, o instruida si se prefiere. La tierra en el epigrama invita al lector a reflexionar sobre la paz que acompañó el corto viaje al Hades, en compañía de Hermes ψυχοπομπός. No se menciona la palabra muerte; la idea es la de prolongar un sueño profundo (μακρὸν εἶπεν ὕπνον), como medio de destacar la bondad del sabio.<sup>8</sup>

No te entristezcas por no alcanzar algo, goza  
de todos los bienes que te dan los dioses:  
así pues murió el sabio Periandro, descorazonado  
porque no alcanzó lo que quería hacer. I, 97

Periandro, tirano de Corinto, mató a su esposa cuando estaba preñada, cediendo a la ira y a las calumnias de unas concubinas, a quienes luego quemó vivas. Desterró a su hijo Licofrón, entristecido por lo de su madre, a Corfú. Periandro llegó a la vejez y lo mandó buscar porque quería entregarle el poder, pero los habitantes de la isla lo mataron. Lleno de ira, el tirano envió a los hijos desde Corfú a Aliates, rey de Lidia y padre de Creso, para que los castrara. Pero la nave llegó a Samos, suplicaron a Hera, y los samios los salvaron. En consecuencia, ἀθυμήσας ἐτελεύτησεν; esto fue a los ochenta años de edad, c. 590 a. C. (cf. I, 94-95). A pesar de estar a veces en el número de los siete sabios, no siempre su conducta era laudable. Cuando golpeó a su mujer no cumplió una de sus máximas: εὐτυχῶν μὲν μέτριος ἴσθι, δυστυχῶν δὲ φρόνιμος (I, 97); mucho menos la de Cleóbulo: βίᾳ μηδὲν πράττειν (I, 92). Y Diógenes cuenta (λέγουσι δέ τινες) su muerte.

No quería que se supiera el lugar de su sepultura. Por eso encargó a dos jóvenes que fueran de noche a cierto lugar y mataran y sepultaran al primero en llegar (iba a ser el mismo Periandro). Luego otros cuatro tenían órdenes suyas para matar a los dos

<sup>6</sup> vv. 1-7.

<sup>7</sup> También recordada por Ausonio en su *Ludus* de los siete sabios, vv. 189-201.

<sup>8</sup> Una idea afín se halla en apócrifos de la dormición de la Virgen María. P. ej. el *Libro de San Juan Evangelista*, que narra la κοιμήσις. Allí se evita cuidadosamente hablar de θάνατος; en cambio: ὅταν ἐξέρχωμαι ἀπὸ κόσμου τούτου (c. 9), ἐν τῷ τελειωθῆναι με (c. 10), ἀνάλυσις (c. 13), ἀναλύειν (c. 15).

primeros, y luego un número mayor aún mataría y sepultaría a los cuatro. De este modo murió (cf. I, 96). El epigrama nos exhorta a gozar de lo que la vida nos da. Con frecuencia θεός, en el sentido de 'la divinidad', es traducido 'Dios'; la versión inglesa de R. D. Hicks<sup>9</sup> a veces es algo laxa, pero nos parece que hace bien en decir 'the gods', más apropiado a las creencias antiguas e igualmente amplio. ¿Qué mejor ejemplo de lo que no debe hacerse? Periandro, en el anónimo poema escrito sobre su cenotafio, era llamado πλούτου καὶ σοφίης πρῦτανις (I, 97). Pero nadie puede tener todo. Él murió descorazonado, pese a ser σοφός. Mucho más sabía el viejo de Ascra, que aconsejaba trabajar y respetar a los dioses.

Cuando Anacarsis volvió a Escitia luego de largo vagar,  
persuadía a todos de vivir al modo griego;  
pero una alada flecha lo llevó rápido a los inmortales,  
cuando tenía inconclusas palabras en sus labios. I, 103

Caso notable el de este escita. Pero su sabiduría griega, para bien o para mal, le acarreó fama de τὰ νόμιμα παραλύειν τῆς πατριδος. En una partida de caza su hermano lo mató con una flecha. Tuvo, con todo, un hálito de ingenio para decir que había vuelto sano y salvo de Grecia por su fama de sabio (no es fácil traducir aquí διὰ τὸν λόγον); en su propia tierra, en cambio, la envidia le había causado la muerte (διὰ τὸν φθόνον, cf. I, 102). El epigrama de Diógenes tiene otra ironía, pues su propósito de helenizar quedó en μῦθος ἄχραντος. Algo parecido, aunque en otro orden, le había pasado a Apolo: Dafne huyó de él *cumque ipso imperfecta verba reliquit*.<sup>10</sup>

Tal vez conozcas a Estilpón de Mégara: se apoderó  
de él la vejez y luego la enfermedad, duros caballos.  
Pero encontró en el vino un auriga más fuerte  
que ese par, pues lo bebió a tragos y se adelantó. II, 120

Dice Hermipo (200 a. C.) que Estilpón bebió vino para morir más rápido. Tan escueta noticia es muy bien aprovechada por Diógenes Laercio, quien añade, al parecer de su cosecha, las dos cosas de las que quería huir: γῆρας y νόσος. Llama a ambas χακῆς συνωρίδος. Pensamos en emplear 'biga', voz técnica y desconocida por el lector común. La imagen del alma como auriga de una biga alada está en el *Fedro*.<sup>11</sup> Pero el epigramatista encontró un φέρετρον, y curioso, ἥνιλοχον.

<sup>9</sup> En su ed.: London & Cambridge, Mass., W. Heinemann & Harvard Univ. Press, 1950.

<sup>10</sup> OVIDIO, *Metamorfosis* I, 526.

<sup>11</sup> 253c-255e.

Estilpón tenía fama de bromista, como cuando le dijo a Crates, que se estaba calentando al fuego: “Me parece que tienes necesidad de un manto nuevo.” En griego *ἱματίου καινοῦ* hace juego de palabras con *νοῦ καὶ ἱματίου*. Pareció también bromear, ya con el pie en el estribo, y bebió el vino *χανθόν*, y *ἤλασε*, se adelantó a la vejez y la enfermedad, *δύσμαχον ζυγόν*. Por eso Diógenes no estuvo mal, no cometió irreverencia al reír también él con el filósofo.

¿Por qué, anciano y calvo, oh Aristón,  
diste tu cabeza al sol para tostar?  
Así, buscando el calor más de lo debido,  
sin quererlo encontraste el gélido Hades. VII, 164

Aristón de Quíos (c. 320-250), como no reconocía distinción alguna en lo que está entre la virtud y la maldad, decía que nuestro fin debe ser vivir con indiferencia respecto de ello. Añadía que el sabio era como un actor capaz de representar bien, tanto el papel de Agamenón como el de Tersites. Su estoicismo particular ignoraba la física y la lógica, pues decía que la primera nos excede, y la segunda no nos concierne (VII, 160). Con todo, *τὸ θερμόν* tuvo bastante que ver con su muerte, como vimos. Diógenes sonríe en sus coliambos ante esta falta de medida de un hombre viejo. El astro rey, de cualquier modo, fue poco estoico, poco *ἀδιάφορος*.

En vida, Antístenes, por tu naturaleza eras un perro,  
y mordías el corazón con palabras, no con la boca.  
Pero moriste de consunción. Tal vez alguien diga: “¿Esto  
por qué?” Se necesita de un guía para ir al Hades. VI, 19

Diógenes llama *κύων* a Antístenes, y añade una relación entre el morder de los perros y el criticar las costumbres. No se sabe bien el porqué de la asociación perro / cínico (algunos dicen que por la *ἀναίθεια* de este movimiento algo *hippy*). También ignoramos qué clase de enfermedad supone *ἔθανες φθισικός*. Pero Antístenes es tratado aquí con respeto, y transformado en una suerte de psicopompo. No había tanto respeto en el dístico que nuestro autor dedicaba a su homónimo de Sinope en verso proceusmático:

-Diógenes, vamos, dime qué destino te llevó  
al Hades. -Me llevó el salvaje diente de un perro. VI, 79

Aunque había distintas versiones sobre su muerte (que Diógenes Laercio menciona), sin duda esta es la más irónica. Pero empañaba la carrera filosófica de Antístenes una cosa: “daba la impresión de haber llevado la enfermedad con poca fortaleza, por

apego a la vida." Diógenes le había ofrecido un puñal para poner fin a sus dolores, pero él respondió que quería librarse "de los dolores, no de vivir" (cf. VI, 18). Es cierto que algunos decían que Diógenes se había suicidado conteniendo la respiración, pero ser un cínico consecuente no era empresa fácil. Una prueba está en los epitafios que Leónidas de Tarento dedica a otro cínico que, en su vejez, había abandonado bastón, alforja, harapos y otros emblemas de la secta, y se había enamorado de un joven.<sup>12</sup> Nuestro doxógrafo gusta de convidar a sus lectores con varios platos de banquete filosófico.

Acerca de los filósofos, Diógenes Laercio nos da información más abundante y más ordenada que cualquier otro. Más aún, su orden de exposición ha guiado a la generalidad de los manuales de filosofía. Pero, igual que cuando consideramos en los antiguos la historia, no debemos olvidar que estamos ante géneros literarios. Es decir que, aunque haya datos verdaderos, están expuestos de una forma especial, que los historiadores de hoy rechazarían. En nuestra lectura, nos hemos atenido a lo literario, de lo cual separamos varias cosas.

En primer lugar, lo anecdótico. Efectivamente, Diógenes se apoya, directa o indirectamente, en cosas no publicadas, que desde mucho tiempo atrás se transmitían acerca de los héroes del pensamiento. ¿Cuál es su credibilidad? Es imposible saberlo; a veces es nula. Pero no sólo en los griegos: nuestra propia historia recurrió a narraciones apócrifas (o a anécdotas edulcoradas), quizás con propósitos moralizantes. En nuestro doxógrafo, creo que se trata también del gusto por el hecho en sí, verdadero o falso. Como cuando los apócrifos hacían a Jesús, a los Apóstoles o a la Virgen protagonistas de extraños hechos, no publicados por los canónicos. Pueden no ser ciertos, pero muchos son bellos para quien los lee, y los ve en la iconografía.

Esta belleza, también es otro índice de lo lábil del conocimiento sobre los filósofos, aunque nuestra arrogancia y estulticia eleve a dogma de fe interpretaciones sobre gentes tan lejanas y distintas de la actual mentalidad. Diógenes incrementó la *Antología Palatina* con interesantes epigramas, propios y ajenos, que sólo son entendibles con el conocimiento de la anécdota. Es responsable por ejemplo de mucho de lo que sabemos sobre los cínicos, protagonistas naturales de anécdotas. Fuera de lo epigramático, le debemos valiosas citas de Timón y su acidez para con los autores de otras escuelas.

---

<sup>12</sup> Cf. *Antología Palatina*, VI, 293 y 298. Sócares era el nombre de quien, al llegar a la vejez, fue víctima del Hambre y dedicó a Cipris sus reliquias de sabio. El joven Rodón capturó (ἤρπυσειν) al anciano, a quien llama πάνσοφον πρέσβυον, y que no estaba lejos de la corona de la constancia.

En este sentido, hay un hombre descomunal que le viene a Diógenes como anillo al dedo. Empédocles fue filósofo, poeta, médico, taumaturgo y hasta dios. Muy diversas historias se dijeron y escribieron sobre su vida y su muerte; nuestro autor, aunque se hallaba más cercano a Empédocles que la moderna ciencia sobre los antiguos, no alimentaba muchas ilusiones de hallar la verdad. Por eso compuso para el filósofo de Agrigento un epigrama *σχωπτικόν* (alguna versión puede traducir 'satírico', pero creo mejor decir directamente 'burlón'): "No diré que de intento te lanzaste a la corriente del Etna / sino que, queriendo ocultarte, sin querer allí caíste" (vv. 1-2; cf. VIII, 74-75).

Pero esto nos lleva a otro tema fundamental, el de la risa de Diógenes. Así como reía Timón, como Luciano se ríe detrás de su Menipo, hay una como respetuosa, "lúdica" risa de Diógenes. Para el epitafio a Aristón, que tradujimos, Diógenes dice *προσπαιξάμεν* (VII, 164); hablando de Cleantes, dice que *lusit* un epigrama sobre su muerte (*ἐπαιξάμεν*, VII, 176); ni Pitágoras, con su venerable doctrina, se escapó de este bromista, pues dice que le dedicó dos poemas (*καὶ ἡμῶν ἐστὶν εἰς αὐτὸν πεπαιγμένα*, VIII, 44). La obra de Diógenes no podemos decir que no sea seria, pero la broma y el juego le añaden valor literario. También es serio Ovidio, aunque él se llamó a sí mismo *tenerorum lusor amorum*.<sup>13</sup>

El humor poético hace que Diógenes prefiera, en vez de hablar de las investigaciones astronómicas de Eudoxo de Cnido y de sus modelos astrales, narrar cómo murió: en Egipto fue lamido por el Buey Apis, y sus sacerdotes interpretaron que él iba a ser famoso (tanto *εὐδοξος* como *ἔνδοξος*) pero viviría poco tiempo (aunque llegó a doblar el codo de la vida, pues alcanzó los cincuenta y tres años (cf. VIII, 90-91).

Y este humor lo relacionamos con la curiosidad. Un joven naufraga al romperse su barca en el mar, y asido al cadáver de su padre puede llegar a puerto: una desgracia, pero otro motivo para agradecimiento a quien le había dado el ser. Un goloso ratón quedó apresado dentro de las valvas de una ostra a la que quería comer. Un pescador sacó con su anzuelo del mar un cráneo; movido por la piedad, hizo un pozo con sus manos para enterrarla, y encontró allí un tesoro. Estas tres rarezas<sup>14</sup> son solo algunas de las muchas que leemos en los autores de época romana. Alguien los encontrará solamente banales. Puede ser, pero las cosas extrañas también agradaban a Plinio. Además *curiositas nihil recusat*, y a tal cofradía pertenecía Diógenes Laercio.

<sup>13</sup> *Tristia*, IV, x, 1.

<sup>14</sup> Cf. *Antología Palatina*, IX, 85, 86 y 52.